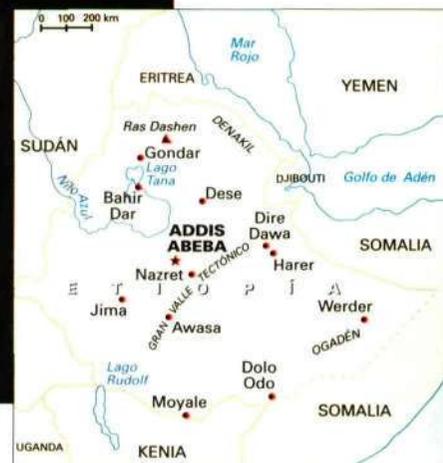


Arantza R. Berrio

ETIOPÍA: montañas de mitos y leyendas

■ Vivir entre el cielo
y la tierra en el
Simien



ETIOPÍA es un país basado en una economía de subsistencia. Eminentemente agrícola, el 85 % de su población vive al compás de las estaciones. Si todo va bien y no hay sequía o inundaciones, se come y se vive, pero si la naturaleza decide cambiar el ritmo, se puede morir en Etiopía. País de extremos, en pocos meses el exuberante verdor deja paso a un infructuoso erial. El ser humano aún no ha dominado allí la naturaleza y trabaja la tierra a golpe de azada esperando que sea generosa, que cumpla sus ciclos y le permita obtener lo suficiente para que la familia y el ganado sobrevivan hasta la siguiente cosecha.

Arantza R. Berrio es profesora de Sociología en la Universidad de Deusto y ha viajado por numerosos países africanos como Mali, Burkina Fasso, Costa de Marfil, Mozambique, Namibia, Bostwana, Zimbabwe, Tanzania, Zanzíbar y Sudáfrica. Aunque no se considera montañera, en 2003 consiguió hacer cima en el Kilimanjaro.

Cada etiope está marcado por esta realidad a la que hace frente, aferrándose a sus tradiciones y depositando sus esperanzas en la religión. Es cierto que en muchos otros países se dan circunstancias similares. De hecho, cuando regresamos de muchos de ellos, nos traemos la sensación de que la vida discurre con otros parámetros temporales y que el mundo espiritual forma parte en gran medida del quehacer diario. En Etiopía es algo absolutamente real.

Desde que llegamos a Etiopía tuvimos la sensación de haber entrado por accidente en una máquina del tiempo, donde la leyenda se estaba transformando en realidad. Estábamos en la tierra de la reina de Saba, en la antigua Abisinia, en la tierra prometida de los rastafaris, el lugar donde se esconde el Arca de la Alianza, un pedazo de África que, como ningún otro, formaba parte de nuestras fantasías infantiles de niños de dictadura en un colegio religioso. El país al que enviábamos nuestra exigua paga para salvar a los "negritos" cristianos del hambre para aliviarles del peso de la fe en una tierra terrible, amenazada por el "infiel". Nada parece haber cambiado desde entonces. El hambre sigue allí asomándose impudicamente en la estación seca, los "infieles" continúan amenazando a la cristiandad desde el este y el pasado, no deja al presente convertirse en futuro.

■ LOS SEÑORES DEL TIEMPO

Lo que jamás sospechamos cuando despegábamos del aeropuerto de Loiu el 2 de agosto de 2003, es que llegaríamos a Addis Abeba el 28 de julio de 1995 a las 12 h de la noche, amaneciendo.

La primera sorpresa fue comprobar que un año etiope no tiene doce meses, sino trece, ya que este país cuenta con su propio anuario heredado de Alejandría, por lo que no se rigen ni por el calendario gregoriano ni por el juliano. Sus meses son lunares pero su año solar, de ahí que sobren días al finalizar cada ciclo anual, que se transforman en ese mes trece que nace detrás de septiembre, cuando finaliza la estación de las lluvias. Son, por tanto, doce meses de treinta días y un mes de cinco días o de seis si es año bisiesto, y el cambio de año se produce en nuestro 11 de septiembre. El eslogan turístico del país es de hecho "trece meses de sol", lo que no es estrictamente cierto, porque en Etiopía llueve y mucho.

La siguiente sorpresa fue comprobar que tampoco vivimos en el mismo siglo, pues ellos aun están en el siglo XX, concretamente en 1996. El calendario etiope comienza siete años después que el nuestro. En un principio esto podría no ser algo especialmente singular, ya que musulmanes, chinos o hebreos, entre otros, tampoco coinciden con los cristianos en la datación del tiempo. El problema es que Etiopía es profundamente cristiana y, por tanto, deberíamos coincidir al menos en el año, dado que toda la cristiandad cuenta el primer año de la era desde el nacimiento de Jesús. ¿A qué se debe entonces este desfase? El por qué es al

menos curioso y pone de manifiesto el fervor de las creencias religiosas de este pueblo. Todo tiene su origen en algo tan sencillo como el momento en que tuvieron conocimiento del nacimiento del Mesías, pues para ellos Jesús nació ocho años más tarde según los relatos de la llamada "era de los mártires", sistema que se empleó para fijar las fechas de los primeros siglos de la era cristiana.

La última sorpresa en esto de la medición del tiempo es su sistema horario, lo que además plantea un problema práctico. En principio los etiopes deberían estar sujetos al sistema horario internacional y de hecho existe una "hora legal", conforme a la que se ajustan todos los relojes del mundo. ¿Todos? No desde luego los etiopes. Según esta "hora legal", la diferencia horaria entre la península ibérica y Etiopía debería ser de tan sólo una hora y no de siete, como es en realidad. El problema es que un día etiope, aunque tenga también veinticuatro horas, no se contabiliza de la misma manera, pues se mide en períodos de doce horas que comienzan cuando sale el sol, seis de la mañana, y cuando se oculta, seis de la tarde. Es decir, que un día etiope se divide en luz y oscuridad, y el horario se establece en función de estos momentos. Son las doce cuando el sol sale y vuelven a ser las doce cuando desaparece, así que cuando el sol lleva una hora amanecido es la 1:00 de la mañana y cuando lleva una hora acostado es la 1:00 de la noche, para el resto del mundo las 7:00 de la mañana y las 19:00 de la noche. No parece muy complicado de entender, pero cuando vas a coger un autobús a las once y media de la mañana, hora etiope, y ves que está empezando a oscurecer eres absolutamente consciente de que nunca conseguirás orientarte del todo en este país y menos librarte de la sensación de que siempre llegarás o demasiado pronto o demasiado tarde. En todo caso siempre hay que confirmar si la hora es etiope o extranjera y, sobre todo, llevar dos relojes.

■ LA TIERRA ROTA

El Parque Nacional de las montañas Simien es conocido también como el "techo de África" por su gran concentración de cimas que sobrepasan los 4000 m de altitud. Simien en amhárico, lengua oficial etiope, significa "Norte". Situado al noroeste del país, este área protegida, nombrada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, forma parte del macizo etiópico que cubre más de la mitad de la superficie total de Etiopía, con una altitud media de 1600 m, donde vive la mayor parte de la población.

Lo que hace del Simien un lugar excepcional es su singular orografía, producto de una serie de fallas geológicas causadas por descomunales movimientos de tierra que dieron lugar al llamado valle del Rift o valle de la Gran Grieta que atraviesa Etiopía desde el noroeste hasta el sudoeste, dividiendo el país diagonalmente. Esta enorme fisura que comienza en el valle del Jordán, atraviesa el mar Rojo y entra en África por Eritrea hasta llegar a Mozambique. Está separando paulatina pero inexorablemente el África oriental del resto del continente a un ritmo constante de 4 milímetros al año y va a ser la causante de la aparición de un nuevo océano entre las dos masas de tierra resultantes de este desgarramiento geológico.

Hasta que llegue ese momento y las estribaciones del Simien desaparezcan bajo las aguas, todavía podemos admirar sus enhiestos farallones que se levantan sobre la tierra, formando el relieve más genuino y escarpado de todo el continente africano. No es de extrañar que estas montañas sean la morada de animales endémicos, como el babuino Gelada, el zorro del Simien o el rebeco Walia, que viven suspendidos entre el cielo y la tierra, porque lo difícil en el Simien no es alcanzar la cumbre sino encontrarla, esquivando sus profundas gargantas cuyos bordes nos separan del valle en una caída libre de más de 1500 m. Unos agujeros así pueden ser un obstáculo insalvable. Por eso, lo más importante cuando decides subir estas montañas, es conseguir un buen guía, sobre todo si vas en época de lluvias, entre mediados de junio y septiembre.

En esos meses el mayor enemigo en el Simien es la niebla, una niebla espesa que confunde el camino, te desorienta y te coloca continuamente al borde del precipicio. Es una compañera engañosa que aparece y desaparece continuamente, hermosa pero letal. Sólo los nacidos en el Simien la conocen. Eyayaw Mitiku, nuestro guía era uno de ellos, lo que no evitó que tuviéramos que enfrentarnos en Sankaber, nuestro primer campamento de mon-



■ El grupo al completo, de izquierda a derecha: Berhank, Eyayaw, Patxo, Txules, Arantza, Salomón, Malik y Derham



■ Sin niebla en Sankaber

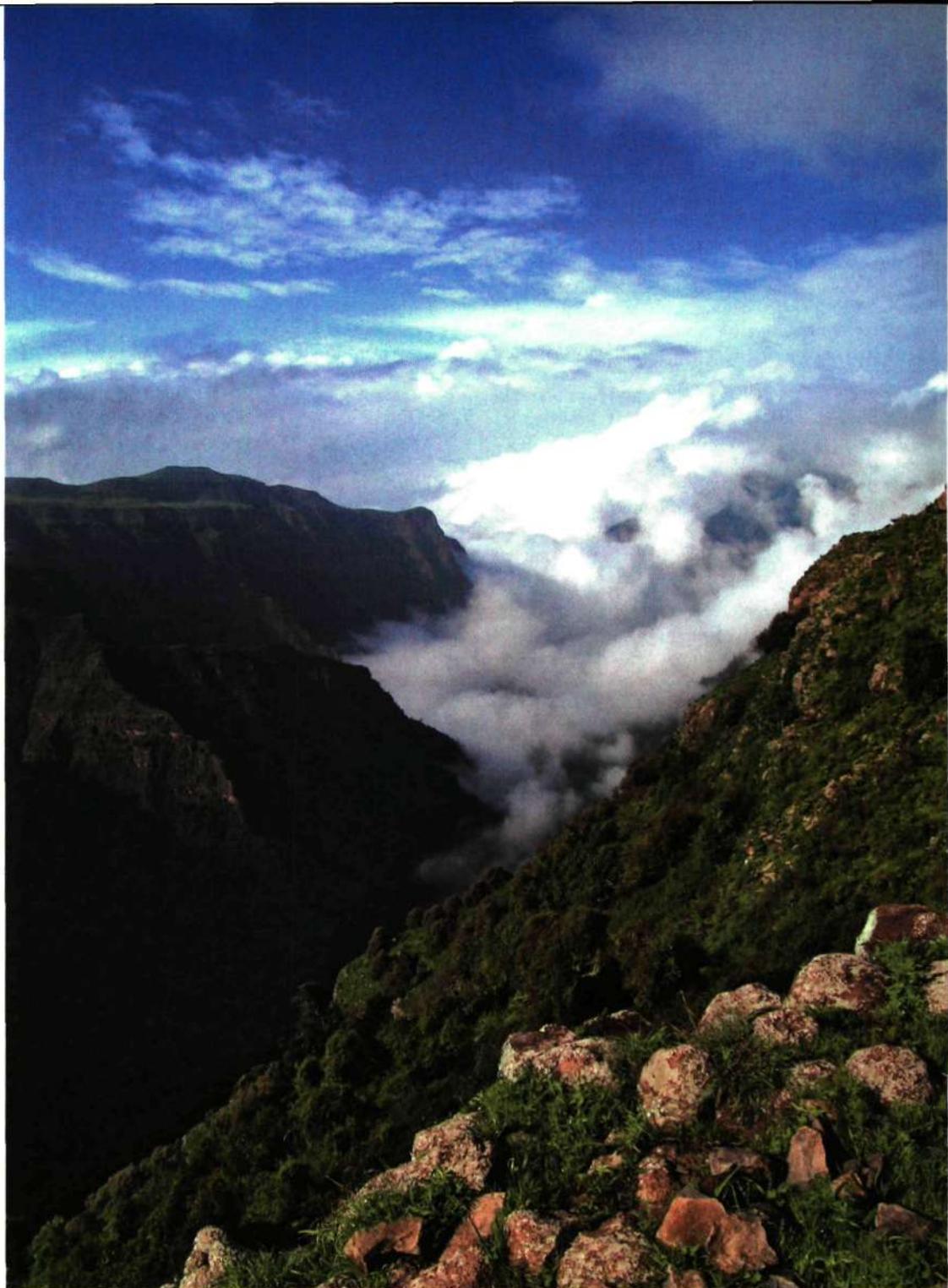
taña, a la difícil decisión de continuar o abandonar. Está claro que continuamos, aunque debimos renunciar al Ras Dashen (4620 m), la cumbre más alta, a cambio nos esperaría el Bwahit (4430 m).

■ CAMELOT EN ETIOPÍA

Toda expedición a las montañas Simien se inicia en Gondar, sin duda una parada obligada para cualquier viajero por tierras etíopes y, más aún, para aquellos dispuestos a explorar sus montañas. Aquí se contratan guías, cocineros, porteadores y mulas, animales imprescindibles que serán los que transporten la mayor parte del material y los víveres a los distintos campamentos a lo largo de la ruta. Las mulas son al Simien lo que los yak al Himalaya. Resistentes pero igual de tozudas, no se detienen hasta llegar y sólo obedecen la voz de su amo. En cuanto se las descarga se desparraman sobre la hierba que comienzan a comer y así se quedan hasta el día siguiente.

Gondar es una especie de espejismo. Fundada por el emperador Fasilides en 1636, la ciudad está salpicada por increíbles castillos medievales, increíbles no tanto por su esplendor o magnificencia, sino por el hecho de verte transportado en un instante de África al medioevo europeo. Lo último que esperas encontrar en una ciudad africana es un montón de castillos al más puro estilo de los de Osma en Soria, Loarre en Huesca o Belmonte en La Mancha, por nombrar sólo algunos de los cientos de ellos desperdigados a lo largo de toda la geografía española. De hecho se afirma que fueron artesanos españoles y portugueses los principales artífices de estas construcciones. Sin embargo, la historia oficial lo desmiente atribuyendo la autoría a constructores etíopes con fuertes influencias arquitectónicas, eso sí, lusas, moriscas e hindúes, cuyo sincretismo puede apreciarse especialmente en el interior de las edificaciones.

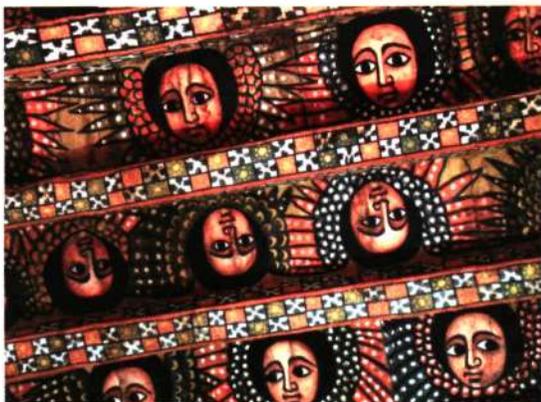
Ambas versiones son igual de válidas porque esos constructores etíopes eran descendientes de los soldados enviados casi un siglo atrás por Portugal, dueña ya entonces de Goa en la India, para luchar junto a los ejércitos del rey Lebne Denguel contra los musulmanes del litoral al mando del almirante Ahmed ibn Ibrahim, más conocido por Grañ, el zurdo. Grañ fue abatido el 22 de febrero de 1543 a unos 60 km de Gondar por el disparo de un portugués al inicio de la batalla. Su ejército, sin líder que lo dirigiera, fue literalmente exterminado.



■ Torreón del Tancat en Gondar



■ Los querubines de la iglesia de Debre Birham Selassie en Gondar

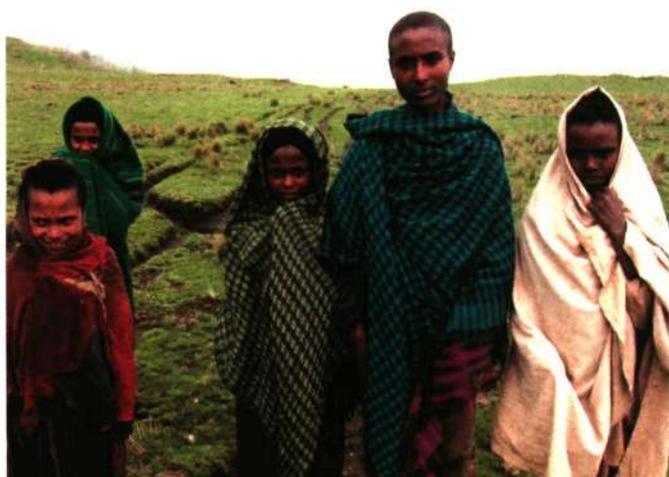


Ninguno de los supervivientes del contingente portugués, entre ellos varias docenas de mercenarios españoles, regresaron jamás a la península. Casados más tarde con mujeres etíopes, tanto ellos como sus hijos y los hijos de sus hijos crearon una elite militar que luchó siempre al lado de quien ostentó en cada momento el título imperial, acumulando riqueza y privilegios. Especializados en construcciones de campaña, las siguientes generaciones heredaron estos conocimientos ampliándolos. El puente sobre el Nilo azul y otros más, de igual importancia, han sido obra de estos hijos de Tubal (Portugal) como los llamaban los etíopes. No es de extrañar, por tanto, que Fasilides requiriera sus servicios en la construcción de los castillos de su recién fundada Gondar, en el emplazamiento que, años atrás, su padre Susinios eligiera como embrión del nuevo imperio aconsejado por el jesuita español Pedro Páez.

Antes de abandonar Gondar rumbo a las montañas, no se puede dejar tampoco de visitar la iglesia de Debre Birham Selassie (siglo XVII), en cuyo techo aparece una de las imágenes más repetidas en postales, pósters y calendarios de Etiopía, la carita de cien querubines con expresión un tanto triste que, apiñados entre sí, parecen observarnos desde el cielo. Máxima expresión del arte religioso ortodoxo, esta pequeña iglesia no tiene un solo centímetro de pared en su interior que no esté decorado con motivos sobre la vida de Cristo, Adán y Eva, los horrores del infierno, las bendiciones del cielo, las obras de los santos o el valor de los mártires, como claro ejemplo de la transmisión oral de las creencias religiosas. Como la mayoría de las cosas en Etiopía, Debre Birham Selassie está envuelta en la leyenda por ser la única que ha sobrevivido a las repetidas destrucciones de Gondar a manos de los derviches (egipcio-sudaneses), y es que la iglesia está protegida por un ejército de millones de abejas que surgen de su interior para atacar con sus aguijones a quien quiera destruirla. Así se ha salvado siempre de sus enemigos.



■ Fieles en Lalibela, la "Jerusalén negra"

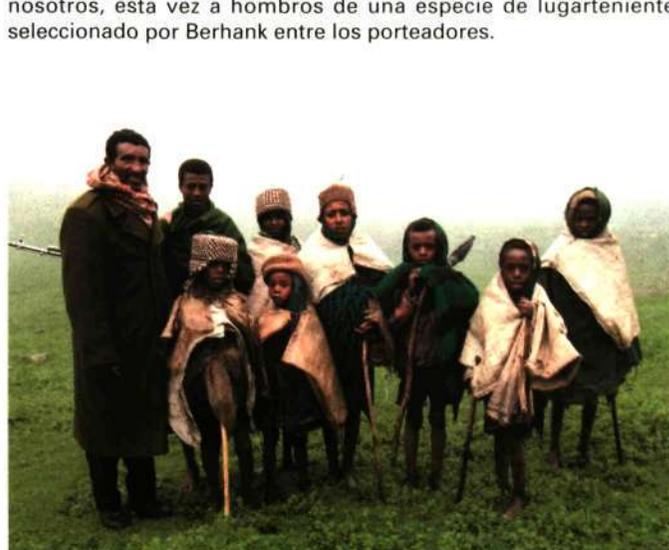


■ Comités de bienvenida en la aldea de Eyayaw

■ EL FUSIL DE BERHANK

La primera parada después de dejar Gondar en dirección al Simien es en la pequeña localidad de Debarq (2600 m), puerta de entrada al Parque Nacional. Este trayecto de aproximadamente 100 km se hace en todo-terreno por una carretera aceptable, con los viveres y parte del equipo y del material de la expedición. En Debarq, además de estirar las piernas, se recoge el resto, aunque no será hasta el primer campamento de montaña en Sankaber donde se complete definitivamente con la incorporación de un guardabosques del Parque. Toda expedición que se aventure por estas montañas está obligada a contar entre sus filas con los que ellos llaman "scouts" que, traducido a la realidad significa un ranger armado, empleado del Parque.

Personas afables pero silenciosas, su única función es cuidar de los montañeros. Nuestro ranger se llamaba Berhank Mewesha. Berhank nos acompañaba en cuanto nos alejábamos más de 200 m del campamento y en la ruta se colocaba siempre detrás del último que, por esos azares de la vida, la mayoría de las veces era yo. Con el paso de los días conseguí acostumbrarme a su omnipresencia y decidí aceptarle como mi ángel de la guarda, callada compañía que no me desamparaba ni de noche ni de día. También logré que dejara de impresionarme el tremendo fusil que portaba en su hombro. Sin embargo, lo que nunca conseguimos fue averiguar qué tipo de peligros podrían acecharnos en el Simien, de los que seríamos salvados por semejante artefacto. Sólo una vez dejamos de ver su figura detrás de nosotros, el día que alcanzamos la cumbre del Bwahit, eso sí, el fusil vino con nosotros, esta vez a hombros de una especie de lugarteniente seleccionado por Berhank entre los porteadores.



■ Los niños pastores con Berhank

■ BABUINOS EN LA NIEBLA

De Debarak a Sankaber hay aproximadamente 17 km, doce de los cuales hasta Chinkwanit (3000 m), se hacen en todo terreno y los cinco restantes a pie. En este emplazamiento de Chinkwanit se encuentra una de las mayores manadas de babuinos Gelada del Simien. Este mamífero cuyo hábitat exclusivo es Etiopía y en especial el Simien, donde se localiza al 90 % de los individuos de la especie, fue descubierto en 1835 por el naturalista alemán Eduard Ruppell, que lo dio a conocer a la comunidad científica con el nombre local usado por los habitantes de la región de Gondar, gelada. Los geladas son conocidos también por el sobrenombre de "babuinos del corazón que sangra" o "mono león", precisamente por dos de sus características distintivas: el pecho rojo bermellón y el abundante pelo de todo su cuerpo, pero en especial el de la cabeza, a modo de larga y encrespada melena.

Viven en grandes manadas a lo largo de los bordes de los precipicios, de los que nunca se alejan demasiado. Por la noche, bajan por las caras escarpadas de estos precipicios buscando cuevas y repisas donde dormir unos junto a otros, proporcionándose así el calor necesario para soportar mejor las frías noches de la montaña. Su hermoso y extraño aspecto no es, sin embargo, lo más fascinante de estas criaturas, sino su estructura social, una de las más complejas del reino animal después de la del ser humano. Una prueba de ello es la cantidad de sonidos que necesitan utilizar para comunicar sus intenciones al grupo, así si otros monos utilizan de seis a quince vocalizaciones sociales para su comportamiento, un gelada necesita utilizar veintisiete.



■ Envueltos por la niebla en Chenek



■ Rodeando los acantilados hacia Chenek



■ Campamento junto a la aldea de Eyayaw

■ LA DECISIÓN

Los itinerarios por el Simien son muchos y muy diversos, dependiendo del objetivo que te haya llevado a la montaña y, sobre todo, de la climatología. Nuestra primera opción era alcanzar el Ras Dashen con cuatro campamentos previos: Sankaber (3200 m), Geech (3600 m), Chenek (3800 m) y Ambikwa (4000 m), emulando así a Ferret y Galiner, los dos ingenieros franceses que llegaron por primera vez a la cumbre en 1841. La niebla y las tormentas eléctricas no lo permitieron, ya que perdimos demasiado tiempo esperando a que mejorara, decidiendo si continuábamos o abandonábamos definitivamente. Aunque era un espectáculo increíble, los rayos entre la niebla a esa altura nos ponían literalmente los pelos de punta, existiendo serio peligro también de desprendimientos por la lluvia.

En esta situación, Eyayaw, nuestro guía, no podía servirnos de mucha ayuda. Preocupado por nuestra seguridad, también lo estaba por cumplir con el contrato. Aunque habíamos pagado por adelantado y nos asegurara que cobrarían de todas formas, teníamos nuestras serias dudas. Si bajábamos ahora quedaría pendiente además el tema de las propinas, que se presuponen sustanciosas siempre que consigas llevarte a la cumbre. Es una especie de ley africana que ya comprobamos el año anterior en el Kilimanjaro, aunque nunca sabes si la propina es el porcentaje mayor o menor de su sueldo.



■ Crestas de acceso a Chenek



Llevábamos ya tres días envueltos en la niebla en Sankaber, que rebautizamos por "Naquever", y al cuarto día levantamos el campamento. Sin embargo, no sería justo decir que en Sankaber no hay nada que ver. En las pocas horas que la niebla y los rayos nos daban de tregua, salíamos disparados de las tiendas y con Eyayaw al frente y Berhank en la retaguardia, recorriamos los alrededores, lo que nos permitió comprobar que Sankaber estaba flanqueado por vertiginosos precipicios que, sin embargo, sólo serían una pequeña muestra de lo que encontraríamos más arriba.

A pocos kilómetros de Sankaber se encuentra el abismo de Geech, con la espectacular catarata que forma el río Jin Bahir en su caída libre de 700 m a lo largo del acantilado, que se parece extraordinariamente al Salto de Angel en Venezuela, la catarata más alta del mundo con sus 980 m. Se accede al mirador natural desviándose un kilómetro del camino a Geech o como travesía de un día desde Sankaber. Si se llega hasta Geech se puede subir el promontorio de Imet Gogo (3926 m), a 5 km al noreste del campamento, en cuatro horas, ida y vuelta. Imet Gogo ofrece algunas de las más espectaculares vistas sobre los valles. Nosotros, sin embargo, tomamos la vía sudeste sin pasar por Geech.

■ MONTAÑEROS SIN FRONTERAS

En esta ruta no hay campamento hasta Chenek, por lo que es aconsejable pasar la noche lo más cerca posible de alguna aldea, lo que no es difícil porque al ser una ruta que discurre por los límites del Parque, se encuentra salpicada por numerosos villorrios medio colgados en las laderas. En muchas partes del camino estuvimos acompañados por niños que pastoreaban el ganado.

En cuanto uno de ellos nos divisaba a lo lejos llamaba a los otros: ¡faranyi!, ¡faranyi! (¡extranjero!). El eco entre las montañas transportaba su llamada a varios kilómetros de distancia, la mayoría de las veces escuchábamos primero las voces sin ver a nadie y después los encontrábamos en medio del camino esperándonos.

Tras más de siete horas de marcha acampamos cerca de la aldea de Eyayaw (3724 m). Había dejado por fin de llover y la niebla se había levantado. El Simien nos regaló un hermoso atardecer y la familia de Eyayaw una ceremonia del café, lo que nos hizo sobrellevar mejor el intenso frío. A la mañana siguiente, al salir de la tienda nos encontramos a medio pueblo en fila india frente a nosotros. ¿Habíamos metido la pata en algún momento de la ceremonia? ¿no habíamos saludado al jefe del poblado? ¿no habíamos pagado la última ronda? Vi que Berhank no echaba mano de su fusil y que los demás estaban desayunando tranquilamente, entonces, ¿qué

estaba pasando? Venían a la consulta, pues la noche anterior se había corrido la voz que uno de nosotros era médico. Improvisamos un ambulatorio de campaña y cada uno fue desgranando su rosario de males. Lo que al principio fue una consulta en toda regla al quinto lugareño aquello se convirtió en un auténtico gallinero, a todos les dolía todo, preguntaras lo que preguntaras la respuesta era siempre que sí, pero por encima de todo querían píldoras, cuanto más grandes y brillantes mejor. Las rojas eran las que más les gustaban, o sea el Fortasec. Persuadidos de introducir cierta racionalidad en el asunto, decidimos hacer acopio de las aspirinas, paracetamoles y antiácidos que tuviéramos y repartirlos equitativamente. Quedaron encantados con el doctor.

■ BUSCANDO EL BWAHIT

Aún teníamos por delante el camino más difícil, a partir de ahora iremos acercándonos a Chenek por las aristas de los acantilados. Este paisaje es lo más impresionante del Simien: a tus pies más de mil metros de vacío, con la tierra cortada a tajo como por un inmenso cuchillo kilómetros y kilómetros. Sólo entonces eres capaz de imaginar la fuerza de aquellos movimientos telúricos que hace millones de años desgarraron la tierra conformando la Gran Grieta, porque esa grieta se encuentra ante tus ojos.

Chenek es el campamento base del Bwahit y sin duda uno de los lugares más bellos y entretenido de estas montañas. A pocos metros, en el borde del acantilado, vive de manera permanente una familia de geladas a los que puedes acercarte a escasa distancia. Pasábamos horas observándoles. Un poco más abajo se encuentra un jardín de lobelias (*Lobelia Rhynchiopetalum*), especie también endémica de Etiopía, con forma de palmera enana, que ves esparcidas por todo el camino a partir de los 3000 m, aunque aquí en Chenek, las puedes encontrar todas juntas formando parterres naturales, quizás por la proximidad del río Belegez que cambia continuamente de caudal a lo largo del día. Un paseo entre ellas te hace sentir como Gulliver en Lilibut. Por las mañanas suelen subir los pastores para charlar un rato y negociar, si se tercia, la venta de algún cordero. Por 10 euros decidimos hacernos con uno y darnos un banquete cuando bajásemos de la montaña.

La subida al Bwahit no presenta ninguna dificultad técnica, como tampoco ninguna de las diez cumbres que por encima de los 4000 m se pueden alcanzar en el Simien. La dificultad estriba en localizarla ya que puede confundirse con un simple collado que se levanta poco más allá del acantilado. El desnivel es muy fuerte en los últimos cincuenta metros y se hace un tanto pesado, porque al ser un terreno volcánico se producen muchos desprendimientos de pequeñas rocas y hay que tener mucho cuidado de no resbalar. En la cumbre (4430 m) apenas vislumbramos el paisaje unos minutos, ya que la niebla era muy densa. Durante la bajada la montaña nos premió con una apoteósica granizada que, además de calarnos hasta los huesos nos golpeó sin piedad todo el cuerpo, pero ya no importaba, pues habíamos conseguido nuestro objetivo y en Chenek, Salomón, nuestro cocinero, nos esperaba con su succulento guiso de cordero. □



■ En la cima del Bwahit

EL LEGADO DE LA REINA DE SABA Y DEL REY SALOMÓN

HASTA la caída del último emperador etíope, Haile Selassie I en 1974, la constitución del país reconocía expresamente que todo emperador de Etiopía era descendiente sin interrupción de Menelik I, hijo de la reina de Saba y del rey Salomón. Estamos en el año 970 antes de Cristo y el rey Salomón está construyendo el templo de Jerusalén. Su fama de hombre sabio y equitativo traspasa las fronteras de su reino, llegando a oídos de la reina de Saba, Makeda, que decide emprender el viaje a Jerusalén para conocer personalmente a Salomón. Como es de suponer, Makeda es una mujer muy hermosa dotada de una inteligencia y gracia excepcionales, así que cuando se presenta ante Salomón, éste queda absolutamente prendado de su belleza, a pesar de sus 700 mujeres "legales" y de sus 300 concubinas.

La reina de Saba lleva ya siete meses en Jerusalén conversando con el rey y admirando sus virtudes. Salomón está empezando a ponerse un poco nervioso, pues sabe de su juramento de perpetua virginidad, pero también cree que Dios le ha enviado esa mujer desde tierras lejanas para tener descendencia. La noche antes de la partida de la reina prepara un gran banquete, Salomón ordena que la comida esté muy especiada para provocar sed. Cuando finaliza el banquete, Salomón invita a la reina a pasar la noche en sus aposentos. Ella acepta, pero le hace jurar que no la tomará sin su consentimiento. Salomón está de acuerdo, siempre y cuando ella jure que tampoco tomará nada del Palacio sin el suyo. El rey coloca una jarra de agua junto al lecho de la reina. A media noche Makeda se despierta con la boca reseca por la sed y, en silencio, bebe el agua de la jarra. Salomón se incorpora inmediatamente y le dice: ¡has roto tu juramento!, ¿acaso beber agua es romper el juramento?, le responde ella. Ciertamente que sí, porque no hay nada más valioso en mi reino que el agua. Entonces Salomón la atrae hacia sí.

En cuanto la reina sabe que está embarazada regresa a su país, dando a luz meses más tarde a Menelik. Menelik regresa veinte años después a Jerusalén, para que su padre lo reconozca como hijo y lo unja como rey de Etiopía, pero Salomón tiene otros planes para él, que se quede en Jerusalén para que sea el siguiente rey de Israel. Menelik se niega. Entonces el rey llama a sus sumos sacerdotes y les obliga a que cada uno de sus primogénitos acompañen a Menelik a Etiopía. Azarías, hijo del sumo sacerdote Sadoc, no se resigna y en venganza decide llevarse el Arca de la Alianza, sustituyéndola por una réplica. Alertados por el engaño, los ejércitos de Salomón se lanzan en la persecución de la comitiva, pero nunca conseguirían alcanzarla, por lo que desde entonces el Arca permanece perdida en algún lugar de Etiopía.



EL PRIMER EUROPEO EN LAS FUENTES DEL NILO AZUL

PEDRO Páez Xaramillo nace en Olmedo de las Fuentes, cerca de Madrid, en 1564. Ingresa en la Compañía de Jesús siendo estudiante en Coimbra en la época en que las coronas española y portuguesa eran una sola con Felipe II. En 1603 llega a Etiopía desde Goa tras siete años de cautiverio, ya que en su primer intento había sido capturado por los árabes y más tarde vendido como esclavo a los turcos. En muy poco tiempo Pedro Páez consigue ganarse la confianza y el respeto de los emperadores etíopes, primero de Ze Denguel y después de Susinios, que se convierten al cristianismo, no tanto por los esfuerzos pastorales del jesuita como por su atrayente personalidad.

Inteligente, culto y muy alegre, Pedro Páez fue ante todo un hombre prudente, que supo comprender como ningún otro la complejidad de un pueblo como el etíope. De hecho, cuando Ze Denguel le comunicó su intención de convertirse al cristianismo, Páez le advirtió de las consecuencias políticas de tal decisión. No andaba errado, ya que tras conocerse la conversión, una sublevación popular dirigida por los mismos rases (príncipes) que le llevaron al trono, acabó con la vida del emperador.

Pedro Páez es también el primer europeo en llegar a las fuentes del Nilo azul, a pesar de que durante décadas este descubrimiento fue atribuido al explorador escocés James Bruce, que llegó al mismo sitio pero 150 años más tarde. Junto a Susinios, Páez pudo además plasmar sus conocimientos arquitectónicos, pero también sus habilidades como albañil, carpintero y herrero en la construcción de la iglesia de Górgora, al norte del lago Tana. Enseñó a las personas del lugar a extraer la piedra, a pulirla y hasta a grabar en ella ricos motivos decorativos. Sus restos descansan en esta iglesia medio derruida, invadida por el silencio y también por el olvido.

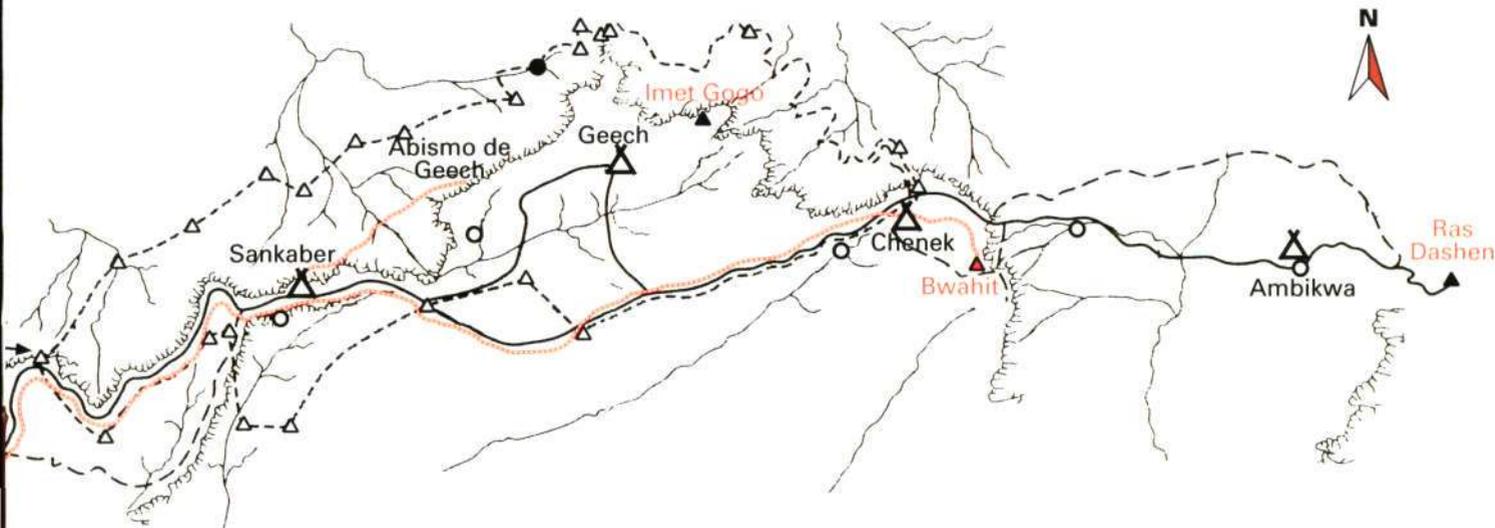


■ Niños pastores del Simien

RAS TAFARI Y LA PROFECÍA BÍBLICA

EN 1917, Marcus Mosiah Garvey, líder de un movimiento social contra la pobreza y la opresión del hombre blanco sobre el hombre negro, advertía al pueblo de Jamaica: ¡mirad hacia África donde un rey negro será coronado. Él será nuestro redentor! En 1930 la profecía bíblica anunciada por Garvey se cumplía: nacerá un retoño salido de la raíz de David, padre de Salomón, que será coronado Rey de Reyes y Señor de Señores, León conquistador de la tribu de Judá, cuyo pelo será como la lana y sus pies tan negros como el latón quemado, el único capaz de abrir el libro y romper los siete sellos. Este retoño debe nacer en el lugar donde se encuentra el Arca de la Alianza. Ras Tafari Makonen estaba siendo proclamado rey de Etiopía bajo el título de emperador Haile Selassie I.

En ese momento en Jamaica, el movimiento impulsado por Garvey se había convertido en creencia: el rastafarismo. Lo que para los cristianos es Jesús para los rastas es Haile Selassie, hijo de Dios. Creen que la Biblia es la historia primigenia de África y se autoproclaman como los originales cristianos por seguir la descendencia de las sagradas escrituras, la línea sucesoria iniciada por Menelik I, hijo de Salomón y la reina de Saba. El rastafarismo es una fe sin iglesias ni jerarquías eclesiásticas. Tampoco se basa en una doctrina que haya que memorizar y recitar, su esencia es la actuación cotidiana del ser humano que aprende de sí mismo acompañado por jah (Dios) en su corazón. Es, por tanto, una forma de vida, un guía, cuya fuerza está en no aceptar los valores impuestos por la ideología dominante y la oposición a Babylon, la estructura del poder político que mantiene a la comunidad negra en la pobreza, la ignorancia y la desigualdad. En la actualidad aún perviven comunidades rastas en Shashemene, a 250 km al sur de Addis Abeba, en la tierra que cedió Haile Selassie para que pudieran vivir todos aquellos que desearan regresar a sus raíces.



FICHA TÉCNICA

Cómo llegar

Desde Europa vuelan a Addis Abeba Ethiopian Airlines, KLM, Alitalia y British Airways, por tarifas que oscilan entre los 800 y los 1500 euros dependiendo de la compañía y la temporada. En todo caso KLM y British son las más baratas, siempre que se reserve con al menos tres meses de antelación. A Gondar se puede llegar desde Addis en autobús (día y medio) o en avión (una hora). Ethiopian Airlines tiene un recorrido que une Addis Abeba, Bahar Dar (lago Tana), Gondar y Lalibela, siguiendo este orden, ida y vuelta todos los días. Se puede bajar, por ejemplo, en Bahar Dar, visitar las fuentes del Nilo Azul y tomar días más tarde el mismo vuelo en dirección a Gondar. El único problema es que si la ciudad de la que partes no es de salida, como Addis o Lalibela, el avión puede llegar lleno y sólo te montas si baja alguien. Huelga decir que nosotros llegamos a Gondar por tierra teniendo un billete de avión. Es algo que hay que tener en cuenta a la hora de planificar los días en el Simien.

Cuándo ir

Cualquier época del año puede ser buena, pero agosto y septiembre ofrecen el paisaje más espectacular de Etiopía.

Documentación

Es necesario visado para entrar en el país, que se obtiene sin ningún problema en la terminal del aeropuerto nada más llegar, teniendo el pasaporte con una vigencia mínima de seis meses y pagando las tasas correspondientes. Se aconseja llevar también el carnet de vacunación internacional contra la fiebre amarilla, vacuna que es obligatoria para los que visitan Etiopía. Para entrar al Simien sólo es necesario pagar una tasa de 7 euros por cada 48 horas de estancia en las montañas e informar de las personas que forman parte del equipo. Estos trámites se realizan en Debarq.

Condiciones sanitarias

Además de contra la fiebre amarilla, es muy recomendable vacunarse contra el tétanos y el tifus, beber siempre agua embotellada, tener precaución con la comida sin obsesionarse y aceptar con deportividad las diarreas que te asaltarán de vez en cuando durante el viaje.

Organización

Una expedición al Simien puede organizarse desde aquí, desde Addis Abeba o desde Gondar. Son varias las agencias que pueden ofrecértelo, nuestra recomendación es: Cultura Africana en Madrid (91 5393267, info@culturaficana.com, <http://www.culturaficana.com>); Horizon Ethiopia Tours en Addis Abeba (251 1 521605, Horizon-tours@telecom.net.et) y Tour and Trakkng Guide en Gondar (251 08 115597, gmelaku3@yahoo.com). Para los más aventureros y llevando el material, se puede organizar desde Debarq, pero esto exige un mayor cuidado en la elección del guía, porteadores y mulas. Hay que tener en cuenta también que puede haber dificultades en encontrar determinados productos de alimentación en Debarq. Hay que calcular dos porteadores y dos mulas por cada tres montañeros, además del guía, el cocinero y el ranger. Si sois más de seis, el cocinero necesitará un ayudante.

Equipamiento

Durante el día la temperatura puede oscilar entre los 10 y los 18 grados, por la noche, sin embargo, puede bajar hasta los 3 grados e incluso rondar los 0. De mediados de junio a septiembre lleve bastante y la niebla puede ser un contratiempo.

Otras montañas del Simien

Además del Ras Dashen y el Bwahit, hay otras ocho cumbres de más de 4000 m que pueden alcanzarse en el Simien: Analu (4473 m), Tefew Leser (4449 m), Kidis Yared (4453 m), Abba Yared (4409 m), Silki (4420 m), Beroch Wuha (4272 m), Weynobar (4465 m) y Mesareya (4353 m).

Otros trekking en Etiopía

Las montañas Bale, con su impresionante meseta Sanetti por encima de los 3000 m y el pico Tullu Deemtu de 4377 m. Este Parque Nacional acoge también especies endémicas como el Nyala de montaña, que puedes observar sin problemas. Los bosques de Dodola, con varias cumbres por encima de los 3000 m, forman parte de un proyecto de desarrollo sostenible a través de la recuperación de flora y fauna por parte de sus propios habitantes, que son además los que gestionan directamente cualquier actividad en las montañas.

Otros lugares en Etiopía

Lalibela, la "Jerusalén negra", es de obligada visita, pues es el único lugar en el mundo en el que las iglesias se han construido no hacia arriba sino hacia abajo, siendo la tierra el techo de estas increíbles construcciones. Tampoco se pueden dejar de visitar las **fuentes de Nilo Azul** cerca de Bahar Dar, ni los islotes **monasterio del lago Tana**. Si todavía hay tiempo y capacidad para superar un choque cultural, se puede bajar al **sur de Etiopía** y pasar unos días junto a mursis y karos. Las mujeres mursis tienen perforado su labio inferior, donde colocan platos de varios centímetros de diámetro.

Para saber más

Buenas guías (todas en inglés):

- ETHIOPIA, ERITREA AND DJIBOUTI, de la editorial Lonely Planet.
- ETHIOPIA, de la editorial Bradt Travel Guide.
- SPECTRUM GUIDE TO ETHIOPIA, de la editorial Camerapix – Interlink Books.

Otros libros:

- GONZALEZ NUÑEZ, J., *Etiopía: hombres, lugares y mitos*, Mundo negro, Madrid, 1999.
- BISHOP, G., *Viajes y andanzas de Pedro Páez*, Mensajero, Bilbao, 2002.
- REVERTE, J., *Dios, el diablo y la aventura*, Plaza & Janés, Barcelona, 2001.
- KAPUSCINSKI, R., *El emperador*, Anagrama, Barcelona, 2003.

Componentes de la expedición

Arantza Rodríguez Berrio, Txules Martínez Alday y Patxo Pardo Solas